

CRÍTICA
de libros



La gran conversación*

Miguel Ángel Hinojosa Carranza

Experiencias desnudas. El lugar del acontecimiento en la historia, es un diálogo múltiple que establece su autor, Armando Bartra, con gran cantidad de pensadores de la filosofía, las letras, la historia, el psicoanálisis, la sociología, la antropología, la política o la economía..., entre otras varias ciencias.

La conversación se ramifica al avanzar las páginas y adentrarnos en su narrativa, sus crónicas, en los movimientos sociales rememorados y descritos, pero sobre todo en su acción poética, con esta última me refero a su particular manera de escribir, que nos hace sentir, pensar e imaginar lo que aconteció o, mejor aún, lo que podría ser; con ella damos vuelo a nuestra imaginación y nos apropiamos de los acontecimientos sociales narrados, de las experiencias puras que marcaron la historia de vida de este autor que deja huella en quienes lo leemos y, por ello mismo, nos

convertimos en partícipes de esta gran conversación.

Y es este compartir historias mundanas, diría Armando, sencillas, sobre todo de quienes generalmente nos hemos visto situados en el “ya merito”, a la saga de los “ganadores”..., lo que nutre este libro que, a la manera de *Días y noches de amor y de guerra* de Eduardo Galeano, también es ilación de acontecimientos biográficos que al ser tan comunes para la mayoría se tornan trascendentales para la especie humana, porque no solamente son parte de una historia de vida personal, sino que son la esencia fundamental del rompecabezas de nuestra historia común, de vida social. La experiencia desnuda particular, sencilla, de cada una de nuestras vidas es, al tomarla en cuenta, compartirla y darle su importancia verdadera, lo esencial de la vida humana en común.

Otro elemento a destacar de este libro es que da importancia a los acontecimientos pasados y de la historia reciente que tocaron y tocan el alma de varios de nosotros por separado, aunque los hubiéramos vivido a la distancia o no fuéramos partícipes, en primera persona, de los mismos; pienso por

* Reseña del libro de Armando Bartra, *Experiencias desnudas. El lugar del acontecimiento en la historia*, UAM-Xochimilco / MC editores, México, 2018.

ejemplo en experiencias comunes que en no pocos casos hemos vivido como una derrota personal aunque aún no hubiéramos nacido: los movimientos mundiales de 1968, pero principalmente la masacre del 2 de Octubre en México, el “halconazo” del Jueves de Corpus de 1971 y la guerra sucia durante toda esa década, la aparición pública del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y nuestro 1994 que cada uno vivimos por separado pero siempre juntos, el movimiento electoral de 1988, las huelgas en la UNAM, el #YoSoy132, las múltiples primaveras globales, los 43 más miles de desaparecidos, los feminicidios, las luchas por el agua, los territorios y los movimientos en defensa de la Madre Tierra, entre otros acontecimientos más que sin ser muchos de éstos mencionados explícitamente por el autor, su escritura los convoca ya que se han tornado en experiencias desnudas, de esas que dejan huella, trastocan y marcan la vida personal y social para siempre.

Se habla así de experiencia desnuda, de acontecimientos personales y sociales, para unirlos, a la postre, con la memoria y su narración, ya que juntas hacen historia, nuestra historia, la individual y la colectiva. Para ello, no es necesario estar presentes, vivir la experiencia personalmente, lo que importa es apropiarnos de ésta, hacerla nuestra, enamorarnos de un 1968 como movimiento juvenil-estudiantil e indignarnos por siempre con un 2 de Octubre que no vivimos pero sufrimos y del cual, de muchos modos, somos herederos. Traerlo a la memoria, recordarlo con indignación,

para que no sólo no se olvide, sino más que eso, nunca se vuelva a repetir y sirva de base, de pilar, para nuevos acontecimientos sociales más justos, para nuevas experiencias desnudas, pero de otra dimensión, más libre, más maravillosa, más soñadora como la de Alicia.

La experiencia desnuda es precisamente aquello que siendo tan único, se sale de la norma en el firmamento de nuestro navegar por la vida. Con Freud, debemos saber y considerar que en cada uno de nosotros hay un hecho, un acto, quizás una mirada, una palabra, un abrazo, un apapacho, una presencia; o todo lo contrario, una ausencia, un silencio, una falta de consideración, un desdén, que trasciende y se convierte en una experiencia de vida, en un acontecimiento personal que nos conforma y a la postre se torna social (histórico), al ser común a la especie humana, que ha marcado nuestra esencia y de algún modo, en nada sustentado en la razón, define nuestra vida presente y futura, llámesele Complejo de Edipo, carácter, pulsión de vida, trauma, o de cualquier otro modo. Así, en este libro, Bartra rescata la singularidad, la contingencia, la anomalía que surge en nuestro día a día, porque en ello consiste lo trascendental, “la universalidad de lo singular, la necesidad de lo contingente, la permanencia de lo efímero”.

Y también con Freud, sabemos que en muchos sentidos somos hijos de nuestra época, de los avances culturales, científicos y tecnológicos desarrollados en el lugar y momento en el que nos tocó vivir. Y con Jung, estamos ciertos de que la vida de cada uno

de nosotros es tocada por el conocimiento, por la experiencia acumulada por quienes en todo momento formaron parte de la especie humana, inconsciente colectivo que mediante mitos, leyendas, cuentos, narraciones de todo tipo hace historia y se torna, generación tras generación, *en posibilidades del ser*, en arquetipo: el héroe, el *trickster*, el viejo sabio, la madre, el padre, el guerrero, entre muchos otros que trascienden no sólo épocas sino además culturas. De igual modo, nos conforman los acontecimientos políticos, económicos, sociales en los que estamos imbuidos.

Pero las experiencias desnudas también son, otra vez con Jung: *intuición*, un saber ancestral, un conocimiento que nos viene de lo más profundo de la especie humana, ideas ingenuas que nos dicen: “ve por aquí”, “esto es importante, no sé por qué pero lo es”, “sigue el camino amarillo”, “ve donde el corazón te lleve”, “atraviesa el espejo”, “y qué tal si”, “escucha a tus sueños”, “siento que...”, todas aquellas intuiciones, por llamarles así, que se presentan de forma inesperada en nuestra vida cotidiana y la trastocan mutándonos a ambos, a nosotros y a nuestra vida, porque a partir de ahí ya nada será igual.

Las experiencias desnudas son, pues, aquellos sucesos disruptores, conscientes o no, que alteran lo cotidiano, que se rebelan contra la dictadura del orden diario; muchas veces son actos imperceptibles, que de tan comunes y sencillos como se presentan, nos marcan, dejan huella en nosotros pero sólo trascienden al hacerlos conscientes, al momento del darse cuenta,

de considerarles, hablarlos, compartirlos y por supuesto, valorarlos; esos acontecimientos, “esas pequeñas cosas”, diría Joan Manuel Serrat, son un motivo, una experiencia pura, desnuda, algunos momentos en el ser padre, por ejemplo, que siendo tan instantáneos, tan efímeros, para nada son insignificantes, ya que a la postre se tornan enormes en nuestra vida: la mirada de mis hijos cuando fueron bebés, el apretón de su manita en mi pulgar, sus primeros pasos y más, sus primeras palabras; mi esposa amamantándolos, llenándolos de caricias, susurros y miradas, actos tan “simples” que se tornan, ¿cómo no?, en experiencias desnudas, que les constituyeron a ellos como bebés, pero más a mí como padre y esposo.

Las experiencias desnudas son esos momentos de ruptura en los que descubrimos, sin proponérselo, que nosotros somos el tiempo; un colapso instantáneo, un lapso de peligro, de enojo o, por el contrario, nuestra ascensión más alta a la cima de la humanidad, la mirada de amor, la palabra, el abrazo o la sonrisa precisa; momento rauda en nuestra vida pero indeleble, un *trís* que nos ilumina porque en ese acto, en un solo momento converge en nosotros la historia entera de la humanidad; las más de las veces no caemos en cuenta de ellas sino hasta que ha pasado un tiempo, cuando estamos ya más sosegados y podemos apalabrar, narrar, rememorar lo que nos ocurrió; pero otras veces son el amor, ese “instante en que cabe toda la eternidad”, esos “amores eternos que duran lo que dura un corto invierno”, diría

Sabina; o su opuesto, el horror a primera vista, la imagen de seres cercenados, padres viviendo el suplicio de “tener”, qué ironía, a sus hijos desaparecidos, la sorpresa de que un día, sin razón, sin motivo, ya no se les tiene físicamente y hay que andarlos buscando infinitamente.

Así, también, podemos considerar dentro de las experiencias desnudas esos otros momentos de gran dolor en nuestra existencia, la muerte o separación del ser amado, la migración, el desplazamiento forzado, el exilio, etcétera; porque las experiencias desnudas son, y cómo no, aquellos terribles momentos de dolor, tristeza, coraje, impotencia que, entre otros, nos llevan a vivir la muerte, la ausencia, la nada; que se pueden contrarrestar, aunque no del todo, con otros espacios cumbres en la vida: el momento de conectarnos con el Cosmos, con el Universo, los tiempos o espacios trascendentales, diría Jung, de conexión con el ser amado, con la Naturaleza, la Madre Tierra, al contemplarle, al hacernos uno con ella.

Otros tipos de experiencias desnudas surgen en momentos de éxtasis inducidos por diversidad de métodos que van desde las drogas comunes y los alucinógenos, o simplemente al emborracharnos, al compartir ritos, al jugar, al soñar, al gozar de alguna obra artística, hasta momentos de euforia colectiva en una fiesta, un concierto, un partido de futbol, una puesta en escena, o en ocasiones tan “simples” pero tan significativas como cuando surgen en nosotros ataques de risa imparables provocados, las más de las veces por hablar

y hacer insensateces con nuestros amigos, con quienes podemos ser los niños que siempre somos, momentos de alegría tan grandes que no sólo duran ese instante en el que se realizaron, sino que recordaremos una y otra vez cada que compartimos con quienes los vivimos: los chavos de la cuadra, los amigos de la prepa y la universidad..., esos seres eternamente jóvenes con quienes podemos seguir jugando, siendo nosotros mismos, aunque ya seamos mayorcitos y nos delaten las canas.

De todo lo anterior, entre otros muchos ejemplos, surge la historia, nuestra historia, que para el caso que nos ocupa en este libro es la que realmente importa, no la de los grandes vencedores, no la de los pensadores y hacedores de la “historia universal científica”; sino la de aquellos que en verdad dan vuelta a las manecillas del reloj de la humanidad, la historia de un hombre ordinario, “como tú y como yo”, que ni somos sólo razón, ni pensamos mucho antes de actuar, los soñadores, los amorosos, los deseantes, los que como el Tomás de Milán Kundera y su *es musei*, en la *Insoportable levedad del ser*, decimos: “tiene que ser”, los que de ser tan “irracionales” nos enseñan que la vida es una búsqueda perpetua, un anhelo que nos lleva a la acción, a intentar con nuestros actos del día a día, que las cosas de la vida cotidiana, sean las que marquen la historia.

Pero además esta gran conversación que Bartra establece con varios de los pensadores de ayer y de hoy convierte a este libro en una cátedra, en una gran clase que puede iniciar, reafirmar, ampliar nuestros

conocimientos sobre ellos o ponernos a discutir con dichos autores y con él mismo; porque así como va y viene en el tiempo, como viene y va en la geografía, llevándonos de Haití y su rebelión de negros a la Francia libertaria de la revolución o de la Comuna de París de 1871; así como nos lleva de la Inglaterra de la Revolución Industrial y la Alemania de Marx y Engels a la Rusia zarista; en este libro Armando también cita, retoma y cuestiona, dialoga con un pensador y con otro, los confronta entre sí y frente a él mismo, discute con varios a la vez, ejemplifica, abreva de uno y de otro o a veces no concuerda con ellos; formando un caos que tiene sentido: hacernos ver que nada está determinado, que nada es lineal: ni el tiempo ni la historia ni la razón ni el ser humano ni la vida.

Entre otros, Armando se desmarca del evolucionismo y del cientificismo; cuestiona, porque bien lo conoce, al materialismo histórico, no deja de señalar algunas de sus fallas o faltas. Pienso que esto lo logra porque en sus análisis, más que su ser pensador, filósofo, historiador, sociólogo, campesinista, teórico social, Bartra incluye su lado humano; quiero decir que va más allá, complejiza el pensamiento, no nada más razona fríamente como lo hacen los “intelectuales”, los “grandes científicos sociales”; él no toma distancia de las cosas, de los “objetos del conocimiento”, al contrario, los atrae, los baja de su pedestal de “teorías explicativas del acontecer social”, los pone a caminar con nosotros, los ubica en un nivel sencillo.

Por eso también es un libro explicativo, un libro escuela, pero no de la escuela que se institucionaliza, que es encierro y doctrina, que es cátedra dictada en la que él discurre y sus lectores callan; no, al contrario, este texto es escuela pero de la buena, de la que se hace en la calle, en la banqueta, al andar, al poner atención en lo que a la gente le pasa, en lo que la gente dice y hace; por eso podemos dialogar, discrepar, ser parte de esta gran conversación con él, porque nos hace reflexionar, *sentipensar*, diría Galeano.

Además, en este libro Bartra nos enseña cómo se conectan las experiencias desnudas individuales con las colectivas y esto se da no sólo por medio de compartir los valores, las ideas, el pensamiento, los mítines, las marchas, las acampadas, los festivales, los encuentros, los sueños, las esperanzas, las calles, las banquetas, los espacios; sino y principalmente, *la palabra*. Una experiencia, un suceso no trasciende si se queda guardado en cada uno de nosotros, para que sea, para convertirse en trascendental es necesario primero que traspase la frontera del yo y se explique, se narre, se comparta con palabras, con discursos, con música, con películas, sociodramas, puestas en escena que lo tornen visible, común, compartible, que lo vuelvan una experiencia compartida, de uno para nosotros. Así, este libro también nos enseña a narrar, a escribir, a contar, a rememorar desde el yo para el yo, a llenar nuestras pláticas, nuestros escritos de emoción, de magia, de vida, de cuerpo, de pasión, a ponernos en

cada uno de los actos que establecemos con los demás, es decir, este libro nos invita a incluirnos, a actuar política y socialmente con cada narración nuestra.

“Movimientos lúdicos y terapéuticos”, dice una entrevistada del #YoSoy132; “fulguraciones, estallamientos, truenos, vivencias”, dice nuestro autor; como les veamos, las experiencias desnudas son ante todo narraciones, historias, experiencias de breves momentos compartidos, aquellas que en lo individual nos han tocado el alma y que de una u otra forma tienden puentes entre nosotros, nos unen al relatarse, nos iluminan, nos hacen andar, transforman los espacios: el Ángel, Reforma, el Monumento a la Revolución, avenida Juárez, la Alameda Central y su hemisiclo, Eje Central Lázaro Cárdenas y el Palacio de Bellas Artes, la “Latino”, Madero, 5 de Mayo, 16 de Septiembre, el Zócalo, Pino Suárez..., son referentes que van mucho más allá de la simple connotación espacial o la cartografía; están significados, son coordenadas históricas, sociales, símbolo de lucha, de protesta, de dignidad, indignación, esperanza, unidad, etcétera. Al compartir las experiencias desnudas individuales que ahí hemos vivido, a partir de una narración, de platicarles y describirles, les hemos convertido también en parte fundamental de la historia, son *el lugar hecho acontecimiento*.

Rememorar, apalabrar mediante relatos compartidos hace que aquel tiempo, aquel espacio, aquel suceso pasado, deje de ser mero recuerdo, anécdota, y se convierta

en tiempo, en ahora perpetua, en lugar sagrado cargado de experiencia humana. De ahí que sea tan pertinente el título del libro: *Experiencias desnudas, el lugar del acontecimiento en la historia*, porque a mi juicio, son este tipo de experiencias las que nos marcan, las que no solamente desnudan el cuerpo sino el alma y el pensamiento, las que se tornan un acontecimiento en la historia de cada uno de nosotros.

Nos hacemos historia al actuar, al participar, al marchar: “grito, luego existo”, dice Reynaldo Arenas y con él cada uno de quienes en nuestra individualidad, en lo personal, actuamos masivamente no para hacer historia individual, sino para hacernos historia en el nosotros, en el colectivo movilizad que fugaz y transitorio, derrotado o triunfante, indignado y memorioso, resurgirá siempre como ave fénix, atemporal, lúdico, aguerrido frente a la injusticia, la intolerancia, la sinrazón, la imposición.

La experiencia desnuda en una movilización no es sólo cuando se comparte tiempo y espacio, aspiraciones o anhelos, consignas y valores; ésta surge cuando se da comunión, ya sea de ideales, de sentimientos, de expectativas; cuando se comparte y el yo fuerte, indignado, embravecido, se torna en un nosotros todavía más poderoso, más sensible, más tierno, regado por lágrimas comunes, por el llanto compartido, por la indignación, la derrota o, por el contrario, fortalecido por la emancipación, por la alegría, el festejo del triunfo y la esperanza.

Ahora que “nos invade la enfermedad de la prisa, la búsqueda compulsiva de una satisfacción que no llega” (p. 98), Armando nos propone poner atención en la experiencia desnuda, vivir a flor de piel, poner la mirada en “la belleza del instante que detiene el reloj”; detenerse es morir, sí; nos lo dice Goethe en *Fausto* y Armando lo retoma en este libro; también nos lo indica Jung, pero a veces detenerse en un instante

que cambió la vida es la forma de gozar, de vivir el instante presente, el aquí y el ahora de nuestra neurosis, de nuestra historia; es, nos lo recuerda Armando: “la fórmula mágica que le permite a Fausto escapar de la impaciencia del proceso arrollador” (p. 99). Pero NO es deshacernos de la historia, es poner entre paréntesis la historia, *es hacernos historia*.



